

El Quilero católico.



Año V * Tomo III * Núm. 57

Castellón 1 Enero 1896

SUMARIO

El tiempo, por Don Juan Mundo, (Pbro).—
Año nuevo, por C.—Coplas de los Reyes
orientales.—Una velada improvisada, por
Joan de Vicenta.—Crónica.

EL TIEMPO

Hay una cosa, que se escapa con suma facilidad de nuestras manos y que pasa rápidamente por delante de nosotros sin que apenas de ello nos apercebamos. Cosa, que ha presidido á estas revoluciones geológicas cuyo origen se pierde en la noche fabulosa de los tiempos; que ha sido testigo ocular del

nacimiento de estas grandes nebulosas, generadoras de tantos sistemas solares, cuyos astros, á manera de brillantes antorchas, alumbran el festín de la creación, publican la gloria de Dios y anuncian ser la obra de sus manos; que ha visto pasar por delante de sí á los más famosos generales é ilustres caudillos de la antigüedad, y marchitarse los laureles que adornaban sus coronas triunfales; que ha visto derrumbarse los imperios más florecientes, caer las monarquías más poderosas, desaparecer las instituciones más venerandas, hundirse en el polvo troncos los más robustos y rodar por el suelo cetros y coronas de los más esclarecidos reyes; que ha visto nacer la muerte, y ha asistido á los funerales de las Semiramis y de los Cambises, de los Ninos y de los Ariajerjes, de los Alejandro y de los Nabucodonosores, de los Baltasares y de los Darios, de los Anibales y de los Escipiones, de los Pompeyos y de los Césares, de los Marios y de los Silas, de los Neronos y de los Dioclecianos, de los Federicos y de los Napoleones; cosa misteriosa que, no obstante no tener padres, ha nacido con las criaturas y fenecerá con las mismas criaturas; agente invisible que pasa por delante de nuestra vista como un caballo á la posta, cruza con la velocidad del relámpago, corre con rapidez vertiginosa, todo lo acaba, todo lo destruye, todo lo consume, todo lo empuja á su total destrucción, á su completísima ruina, que gasta nuestro organismo, paraliza la acción de nuestros miembros, quebranta nuestra salud, destruye nuestra vida, marchita nuestra juventud, aja la frescura de nuestro rostro, arruga la piel de nuestra cara, apaga la vivacidad de nuestros ojos, disminuye los ardores de nuestra imaginación, estingue el fuego de nuestra fantasía, debilita nuestra voluntad, atrofia nuestra inteligencia, corona de nieve nuestras cabezas, y esparce sobre ellas las canas, esos cabellos blancos que vienen á ser como los centinelas avanzados de la muerte y el pavoroso vestibulo de la Eternidad.

Esta cosa misteriosa, este agente invisible es el tiempo que, según la definición de un célebre poeta del siglo pasado, es la imagen movible de la eternidad inmóvil.

Pero yo no voy á considerar hoy el tiempo en sí mismo, no; sino que voy á considerarle con relación al hombre degenerado, al hombre caído de las alturas de su origen, precipitado de las cumbres de su primitivo esplendor y grandeza, arrojado por Dios del paraíso á causa de su pecado, con todas sus degradaciones, con todas sus manchas, con todo el patrimonio de sus miserias, con las oscuridades en su razón, con las tinieblas en su entendimiento, con las tempestades en su espíritu, con las tormentas en su corazón, con el

trastorno espantoso, con el completísimo desequilibrio en toda la economía de su ser intelectual, moral y físico.

Bajo este punto de vista mirado, el tiempo no es más que el plazo que la justicia divina há concedido á la raza humana para hacer penitencia de sus pecados. Si; así es; el tiempo, la vida es una penitencia perpétua; así lo proclama el oráculo infalible de la Iglesia de acuerdo con la razón del hombre.

¡Cuántos errores desvanecidos, cuántas ideas rectificadas, cuántos sistemas destruidos, cuántos remordimientos de conciencia habrá despertado quizá en más de un alma esta sola definición! ¡Cuántos ancianos de cabellos blancos saben ahora que es dable morir á los cien años sin haber vivido un solo día! Al meditar sobre aquella definición, y al pasear una mirada por el mundo, al ver el uso que hacen del tiempo los reyes y los pueblos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, hay motivo para ocultarse el rostro con las manos y sentarse, como Jeremías, para llorar sobre las ruinas de la inteligencia. ¡Hombre! hijo de un culpable, y culpable tu también, solo tienes un día para lavar la mancha que afea tu alma, y este día lo empleas en mancharte más y más; rey destronado, solo tienes un día para reconquistar tu sòlio, y lo empleas en perseguir vanos fantasmas; esclavo de tus pasiones, solo tienes un día para sacudir tu yugo, y lo empleas en remachar tu cadena, mientras que la noche llega, la noche negra, profunda, inmóvil de la eternidad, en la que no podrás ya obrar! ¡y lo olvidas! Insensata es, criminal la conducta, la indiferencia de la mayoría de los hombres que indolentes, con las manos cruzadas, pierna sobre pierna, miran el tiempo como cosa baladí, no hacen de él la estima conveniente, no aprecian el valor que tiene y lo malgastan miserablemente trasnochando en orgías, en festines, en bacanales, corriendo como caballos desbocados, como alazanes sin freno por los prados de sus vicios y de sus pasiones, sin pensar tal vez que al día siguiente no vean asomar el sol por el oriente, y trasponer este hermoso astro por el horizonte! Es preciso entrar dentro de nosotros mismos y considerar que están numeradas nuestras pulsaciones, contados los latidos de nuestro corazón y marcada por el dedo de Dios la cuerda del reloj de nuestra existencia; que el pasado no es nuestro, el porvenir no está en nuestras manos, y el presente sigue su marcha incontrastable sin que podamos detenerlo en su veloz carrera. Que el tiempo se gasta con el uso, como se gasta el oxígeno que respiran nuestros pulmones, y que debemos aprovechar los instantes que vivimos para reconquistar nuestro sòlio, aquilatar nuestras virtudes, abrillantarlas más y más, y labrarnos una corona inmortal y gloriosa.

Pero estas verdades no se consideran, y de ahí ese desconcierto, ese desquiciamiento general en las sociedades actuales; de ahí esa falta de ascensiones de los espíritus á lo eterno, y ese descenso, ese volar las almas, cual aves rastreras, por lo terreno, efímero y perecedero.

Pero para que comprendáis mejor la importancia del tiempo, y lo comprendáis de una manera práctica, palpable y tangible, venid conmigo á un cementerio. ¡Cementerio! Cátedra de eterna sabiduría, escuela sublime de moral, libro elocuentísimo de desengaños y desencantamientos. Penetrad por sus puertas: Ya nos hallamos en los tristes dominios de la muerte. Allí se pasea esta como reina despótica derrumbándolo todo con su férreo y tiránico cetro. A mi vista se presentan hileras de cipreces, imágenes sombrías de la muerte, y cuyas cimas, cuando las dora el sol naciente, me parecen inmensos blandones que están alumbrando aquellas mansiones de la muerte. Más adelante veo hileras de nichos, miserables restos de las grandezas mundanas, soberbios monumentos del orgullo y de la vanidad del hombre. Recogeos ahora sobre una tumba. Aplicad vuestros oídos á aquellas fosas, á aquellos sarcófagos. ¡Ah! un silencio sepulcral reina en aquellas tristes y solitarias moradas. La muerte se está cerniendo sobre aquellos cuerpos rígidos y yertos; la muerte se está cebando en aquellas osamentas y con su martillo constante é implacable reduciéndolo todo á menudo polvo. Allí están barajados y en confusa mezclanza los huesos de los reyes y de los vasallos, de los grandes y de los pequeños, de los sabios y de los ignorantes, de los justos y de los pecadores; allí no sabemos quien es quien, allí no hay distinciones de ninguna clase, allí está la verdadera democracia, allí, en fin, la muerte lo mide todo con su nivelador rasero.

Y sin embargo, aquellos seres vivían un día como vivimos nosotros, y se agitaban en medio de los pueblos, y bullían en medio de la sociedad, y animaban nuestras tertulias y alegraban nuestras reuniones. Murieron ya; la vida, el hombre, nadie la há definido más gráficamente que los sagrados libros: *Spiritus vadens et non rediens*, un espíritu que se vá y no vuelve; pero ellos no murieron para siempre, no: su muerte es solamente temporal; ellos están aguardando el día de su resurrección para unirse otra vez con las almas que los informaron, porque nosotros no somos partidarios de esa miserable escuela materialista que mata las esperanzas de la humanidad entera y pone un muro eterno de separación entre los que se fueron y los que se quedaron; nosotros creemos en el dogma consolador de la inmortalidad del alma, nosotros creemos en el dogma consolador de la resurrección de los

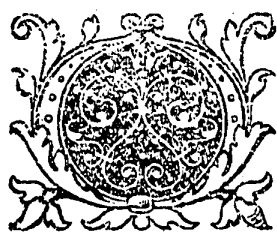
muertos, y hacemos hoy una protesta de nuestra fé repitiendo las elocuentísimas palabras del paciente de la Idumea: Creo que mi Redentor vive, y que en el último día hé de levantarme del polvo de la tierra, y que existiendo en mi carne hé de glorificar á mi Salvador, á quien hé de ver yo mismo y no otro, y á quien han de ver mis ojos y mirarle en el zénit de su gloria, rodeado de todo su esplendor, de toda su grandeza, de toda su magestad.

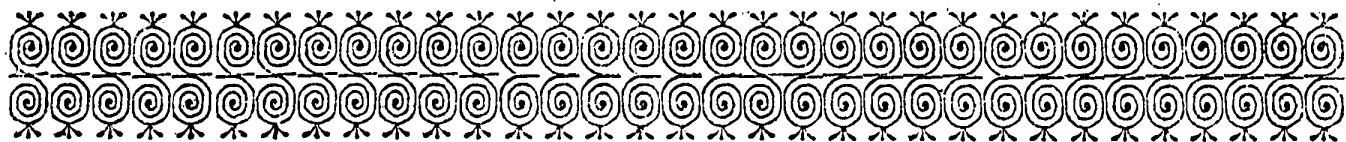
Esta esperanza, queridísimos lectores, está depositada en el seno de nuestras almas, en el fondo de nuestros corazones.

Pero dejemos ya á los muertos en sus sepulturas; no turbemos su reposo. Sobre sus tumbas han pasado ya tal vez centenares de generaciones, sobre sus sepulcros está rodando el implacable tiempo. Felices ellos, si mientras vivieron, supieron emplear bien el tiempo; desgraciados de ellos si mal lo emplearon haciéndole servir para su eterna perdición y ruina.

Y felices una y mil veces nosotros, si después de haber empleado bien el tiempo en el servicio de Dios, si después de haber peleado en buena lid por la causa de la verdad, y cumplido respectivamente nuestros deberes religiosos, si después de haber mortificado nuestros sentidos, domado nuestra carne y crucificado nuestros apetitos con sus vicios y pasiones, al ser arrastrados por las impetuosas corrientes del río de la vida para ser tragados por el mar implacable y sin fondo de la eternidad, podemos arribar todos á las playas eternas de aquel río que baña los muros de la Jerusalén de lo alto, y penetrando por sus hermosísimas puertas, que según la visión misteriosa del profeta, son de oro purísimo y de preciosísimas esmeraldas, arrojarlos para siempre en los brazos de Dios, de donde la muerte nunca podrá arrancarnos, cuya felicidad nuestros enemigos nunca podrán robar ni el tiempo hacérnosla perder jamás.

JUAN MUNDO, PBRO.





AÑO NUEVO

Rápidamente ha trascurrido el pasado año que anoche terminó: parece increíble pero la realidad tiene una lógica tan persuasiva, que todos exclamamos unánimemente: hoy es año nuevo, hoy comienza el mil ochocientos noventa y seis. Se ha terminado el año mil ochocientos noventa y cinco; es la frase que estos momentos ha corrido ya todo el mundo, con más velocidad que el exprés más rápido y en menos tiempo que el escaso número de segundos que invierte la luz en venir del sol á nuestro planeta.

El año anterior ha desaparecido como por escotillón y el presente se ha apresurado inmediatamente á ocupar el sitio que tan galantemente le ha cedido el año que ayer espiró.

¿Qué nos quedó de él? pronto nos contestará cualquiera, si le dirigimos esta pregunta, y nosotros mismos nos la podemos satisfacer, con solo observar lo que llevamos sobre nuestras espaldas, en las que solamente veremos los efectos de los actos buenos ó malos, que hayamos realizado durante ese año, que anoche se despidió de nosotros. Unicamente en esos efectos consiste la pingüe herencia que del año anterior han recibido los que han obrado bien, así como se encontrarán con gravosas deudas aquellos que no han conformado sus actos con el fin para que Dios nos ha creado á los hombres.

Por consiguiente todos hemos heredado del pasado año, sin escepción ninguna. Testador universal el mil ochocientos noventa y cinco, ha repartido á manos llenas, cuantiosas riquezas y abundantes cargas, entre los distintos mortales que le han sobrevivido.

Aquí me encuentro yo, dirá un jóven que ha observado escrupulosamente los mandamientos divinos, nadando en medio de tantas riquezas que he heredado del pasado año, lo cual me hace augurar felicidades en el que hoy comienza.

Allá veremos un padre que ha tolerado se le subieran á las barbas sus hijos como vulgarmente se dice, tan agoviado con los pesados efectos de su mal proceder, que difícilmente podrá salir airoso del atolladero en que se encuentra, en el nuevo año que todos saludamos hoy con regocijo.

Y así continuaríamos examinando los resultados de la aceptación forzosa de esta cuantiosa herencia, con solo ver las caras que ponen hoy, los herederos necesarios y forzosos del pasado año, como diría un aficionado á los estudios de Gayo, y nos convenceríamos al momento de que á ninguno ha olvidado en su colosal testamento, el año que anoche sucumbió á las pias ráfagas del mil ochocientos noventa y seis.

Mas dejémonos de lo pasado, pues lo hecho, hecho se queda, como todos decimos, y pensemos en el porvenir. Olvidémonos de ello y acerquémonos á disfrutar en los risueños placeres que este mundo nos ofrece en el año que hoy comienza. Sin embargo, pensemos que somos católicos antes que nada, y no nos dejemos alucinar por los placeres mundanos, como antes lo eran los descuidados navegantes de la fábula, que tenían la desgracia de oír los fatales cantos de las imaginarias sirenas. Seamos precavidos y consideremos á donde van á parar las glorias humanas. Un reducido sepulcro se las sorberá todas; sepulcro que para un católico es la cuna de otra vida. Es, pues, esta, la segunda y última cuna de todos los mortales. Pero así como la primera nos la depuró la Providencia, sin tomar en cuenta mérito alguno de nuestra parte (por cuanto no existíamos antes), la cuna de esta otra vida, la tiene cada cual conforme se la labró con su propia voluntad. El que obra bien será su cuna de la otra vida, accesible peldaño para la Jerusalén celestial, y profundísima para los que hayan obrado mal.

¿Y será alguno tan tonto, preguntará cualquiera, que voluntariamente se lance en la sima del infierno, pudiendo tan fácilmente subir al celestial emporio? Sí que los hay por desgracia: todos lo sabemos, por consiguiente no durmamos como las cinco vírgenes necias del Evangelio á la llegada del esposo, sino tengámosla siempre bien preparada, como experto general que mucho antes de entrar en la lid, ha concebido previamente el plan de la batalla.

¡Cuán pocos serán los que vivan siempre dispuesta su conciencia para recibir el eterno galardón! Miremos á aquel anciano que vá tan alegre por la calle deseando á todos un feliz año nuevo. Preguntémosle cuál es la causa de hallarse tan alegre y pronto nos dirá regularmente, que en el nuevo año podrá invertir las riquezas que posea en hacerse grandes construcciones ó plan-

taciones, las que pronto le rendirán productos con los que, se resarcirá de los gastos y realizará pingües ganancias.

¡Infeliz! no consideras que esas riquezas no sirven para nada en la otra vida, ni siquiera para adquirir la más ligera astilla de la cuna que forzosamente has de tener al despertar en la eternidad.

Este, diremos, vive engañado; no debía pensar así cuando tal vez sea este el último año que salude sus ojos.

Mas allá se vislumbra un hombre de siniestro aspecto, en cuyo cuerpo tienen la puerta abierta todos los vicios y cerrada toda virtud y cuya mano siempre está amenazando desgracias á la actual sociedad. Al momento conoceremos en ese feroz hombre á un anarquista, del que también diremos, que va á nacer en la otra vida en una cuna más horrible que el sepulcro que él y sus fatídicos compañeros puedan preparar á toda la sociedad humana.

Y así podríamos continuar examinando las causas por las que un gran número de hombres, viven sin pensar preparar esa importantísima cuna en la que forzosamente hemos de dar todos el primer vagido en la eternidad. ¡Triste condición la de esos desgraciados que no saben lo que se pierden!

Si bien son estos bastantes, hay sin duda alguna, muchos que la tienen siempre preparada, para que cuando Dios les llame, pueda su alma volar sin obstáculos por las celestes regiones.

Los que están siempre dispuestos á emprender ese tenebroso viaje de ultra-tumba, no son otros que aquellos fieles observantes de los preceptos que encierra la doctrina cristiana y como entre ellos se encuentran los obreros católicos, también estos encontrarán en la otra vida, la felicidad, por la que tanto suspiramos.

¡Felices pues los que conocen y practican los mandamientos divinos! ¡Demostramos gracias á Dios que nos dió tan hermoso y seguro camino á sus divinos alcázares! No desmayéis, obreros católicos, pues si observáis la doctrina de Jesucristo, no solamente moriréis dichosamente, sino que tendréis en esta vida un seguro paño para enjugar las lágrimas que broten de vuestro corazón, en las múltiples desgracias que á todos afligen en este mundo. En fin: la guarda de los mandamientos divinos proporcionará á sus escrupulosos observantes, la única corona de inmarcesibles laureles que todos pueden llegar á ceñir, después de muertos.

No desmayemos los que por nuestra mala conducta, solo nos haya tocado de esa universal herencia, gravámenes; no sucumbamos bajo su enorme peso, si no procuremos cuanto antes salir del pegajoso lodazal en que nos

encontremos y emprendamos cuanto antes el buen camino, no sea que nos sorprenda la muerte sin haber comenzado tan utilísima tarea.

Dichosos aquellos que han recibido bienes del pasado año. Señal evidente de que se habían lanzado por el buen camino y en él se encontraban cuando el último año al espirar, les ha dejado cuantiosas riquezas para que continúen hasta el fin el buen camino por ellos ya comenzado.

Esos son los que pueden responder al salmista cuando hace esta pregunta: —*¿quis ascendet in montem Domino?*, y contestar que ellos son los que están subiendo ese monte y ansiando por llegar á su cumbre.

Y por más que el tiempo no se pare y venga la alegre primavera, esparciendo á sus deliciosas brisas hermosas flores por los campos, despertando de su letargo á la naturaleza; nosotros los que seguimos el buen camino, continuémosle sin inmutarnos ante el alegre cambio de decoración que vaya sufriendo la naturaleza.

Luego vendrá indudablemente el verano, en el cual el sol hará su acostumbrado derroche de luz y calor, que agostarán las galas que la primavera deja á su paso por la tierra, para que las sacuda el triste otoño, desde que asome su cabeza apenas desaparezca el verano.

Nosotros continuaremos impávidos ante estos cambios, como lo hemos estado cuando la primavera perfumaba el ambiente con los aromas que desprendían fragantes flores.

Habiendo pues continuado por el buen camino sin separarnos de él, lograremos conocer otro invierno, el que acabará con el año que hoy saludamos con tanto gozo.

Entonces nos apresuraremos todos los que hayamos obrado bien y por consiguiente transitamos por el buen camino, á recoger las innumerables riquezas que el mil ochocientos noventa y seis no se habrá olvidado de adjudicarnos en su testamento.

Felices los que así se hallen siempre al terminar todos los años, pues indudablemente practican aquella virtud tan alabada en el Evangelio: la perseverancia.

C.





COPLAS DE LOS REYES ORIENTALES (1)

¿De quien tomáis lengua,
Reyes de Oriente?
Del rey excelente
Que en buen punto venga,

Vimos una estrella
Clara y relumbrante,
Y en el medio della
Un divino infante.
En brazos estante
De dama excelente,
Con cruz en la frente
De luz radiante.

Su voz nos decía:
«¡Oh reyes de Arabia,
De Virgen muy sábia,
Dios nació este día,
Tomad, pues, la vía,
Y sin resistencia,
Para su presencia,
Que yo só la guía.

»Haced alegría
Con fe verdadera;
Que este rey me envía
A seros bandera,
Que no hay quien mas quiera
Salvar vuestra gente;
Llevadle presente,
Que pobre os espera.»

Seguimos la vía
De Hierusalem,
Mas la profecía
Nos puso en Betleem.
Porque allí nos den
Fe, luz, gracia y tino
Del Verbo divino
Que es el sumo bien.

Y cuando llegamos
La madre envolvía
Al rey, que adoramos,
Que en brazos tenía.
¡Oh Virgen María,
Qué nuevo hospedaje
No menos en traje
Que en sabiduría!

Y luego la estrella,
Mayor que una rueda,
Sobre la doncella
Se vino á estar queda;
No hay oro ni seda
Ni luna creciente
Que, reina prudente,
Medir te se pueda.

La madre ha temores
Y toda se altera,
Pensó que era Herodes
La gente extranjera,
Fué tan lastimera
Esta turbación,
Que su corazón
La mostró defuera.

Segun los sonidos
De los dromedarios,
Pensó ser venidos
Allí los contrarios;
¡Oh flor de rosarios,
Oh mi vida entera,
Quien sanar pudiera
Tus miedos plenarios!

A sus pechos junta
Su gracioso infante,
Y teme y pregunta
Al mas circunstante:

(1) Compuestas á fines del siglo XV.

«¿Quién os fué causante
Aqui esta venida,
Que estoy muy perdida
De veros delante?»

La cœli fenestra
Dijo con temblores:
«La venida vuestra
¿Por quién es, señores?
Que vuestros clamores
Me ponen tal miedo,
Que sanar no puedo
Si sois ofensores.»

¡Oh reina, muy llena
De mil perfecciones,
No recibais pena,
Temor ni pasiones,
Porque estos varones
Que con vos estamos
Al niño adoramos,
Trayéndole dones.

De mirra y encienso
Y de oro muy fino,
Porque es Dios inmenso,
Que á salvarnos vino,
Al cual por mas dino
Rey de Tierra y Cielo,
Rodillas por suelo
Honramos contino.

De Persia partimos,
De en par de Etiópia,
É á darle venimos
Tesoros en copia;
¡Oh Virgen muy propia!
¡Oh muy clara auroral!
Tomadlos agora
Para vuestra inópia.

Y no se os olvide
El significado:
Que el oro se mide
Con su gran reinado;
Encienso le es dado
Por Dios eternal,

La mirra en señal
De crucificado.

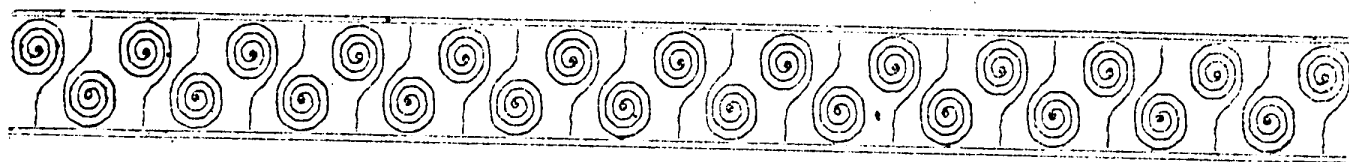
No somos adversos
Ni herodianos,
Mas reyes diversos
Y buenos cristianos,
Que ya en vuestras manos
Cierto prometemos
Que predicaremos
La fe á los paganos.

Es el diversorio
De pobre labor,
Mayor consistorio
Que de emperador,
Porque solo amor
De fuego crecido
Os ha retraido
Á tal disfavor.

Ese cinteruelo
De que está ceñido
El pobre mozuelo,
Del heno vestido,
Es de nos habido
Por mejor brocado
Que el Cielo estrellado
Más esclarecido;

Por que contemplamos
Segun fe y verdad,
Que este que adoramos
En tal pobredad,
Que en su deidad
No tiene mudanza,
Mas por él se alcanza
La felicidad.

Bien lo representa
Su gran hermosura,
Que de luz sustenta
Al Sol su figura,
Que no hay criatura
Que una vez lo vea,
Que luego no crea
Que es gloria segura.



Una velada improvisada

Accediendo á los ruegos de algunos queridísimos amigos, el virtuoso y celosísimo P. Carlos Ferris, aunque muy cansado por la labor de la predicación y confesión durante los ejercicios espirituales que dió á los castellanenses, anunció el domingo 22 del pasado que se despediría de nosotros aquella misma noche en el Círculo Católico. Con este motivo se improvisó una notable velada lírico-literaria, que siempre recordarán con delectación los buenos castellanenses que llenaban por completo el espacioso salón de actos del Círculo Católico.

La parte lírica, á cargo del cuarteto que forman nuestros amigos los señores don Juan Mundo, don Angel Gascó, don Manuel Sales y don Eugenio Roig, resultó tan hermosa y notable como en otras veladas, siendo muy aplaudidas las piezas musicales que se ejecutaron.

La parte literaria, aunque completamente improvisada, fué verdaderamente notabilísima. Pronunció el discurso inaugural nuestro muy querido amigo don Miguel Osset, que con sobrada justicia goza fama de elocuente tribuno, siendo uno de los más activos y celosos propagandistas de los Círculos de obreros católicos en la archidiócesis de Valencia. El Sr. Osset estuvo elocuente, persuasivo y fogoso, viendo interrumpido su discurso varias veces por los entusiastas aplausos del auditorio, que en su generalidad oía por primera vez á tan brioso y esforzado campeón de los Círculos. Confiamos no será esta la única vez que don Miguel Osset ocupe la tribuna de nuestro Círculo Católico.

Nuestros amigos los Sres. Pachés (Rdo. don Vicente) y Vicent (don Pedro) leyeron hermosas é inspiradas poesías, que fueron muy aplaudidas.

Y acto seguido, en medio del mayor silencio y la más profunda atención, levantóse á hablar el esclarecido hijo de San Ignacio de Loyola, el R. P. Ferris. Imposible seguir al sabio y celosísimo jesuita en su memorable discurso

y más imposible aun reseñar exactamente el maravilloso efecto que su oración produjo en el numeroso auditorio. El P. Ferris, para que todos le entendieran perfectamente (y en especial los obreros que constituían la mayor parte del público) usó, con aquella gracia y donosura inimitables que él prodigiosamente posee, de nuestra dulcísima habla valenciana. Su discurso fué una admirable y hermosísima paráfrasis de aquellas divinas palabras: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*. Verdaderamente el auditorio no sabía que admirar más en esta hermosísima conferencia, si la copia de doctrina y profundidad de conceptos, ó la fuerza irresistible de la argumentación (que en el insigne jesuita toma generalmente la forma del dilema) ó la gracia y donaire del decir.—Mucho celebraron cuantos tuvieron la suerte de asistir á esta velada los oportunos y graciosos cuentos y las innumerables agudezas con que el orador hacía más amena y provechosa su conferencia, y quizá á ello se deba el que la impresión causada por el discurso del P. Ferris fuese tan honda como persistente y duradera. Aun parece que le estamos oyendo y saboreando su doctrina y las agudezas de su ingenio. Digno coronamiento fué este de los ejercicios espirituales que dió á los hombres de Castellón con tanto acierto y buenísimo resultado.

¡Quiera Dios que volvamos pronto á escuchar la elocuente y persuasiva palabra del P. Ferris, pues mucha falta hacen aquí varones apostólicos que mantengan y vivifiquen la fé de nuestro pueblo!

JOAN DE VICENTA.



Crónica de los Círculos

Con objeto de estimular al ahorro especialmente á los obreros y sirvientes, la junta directiva del Círculo Católico de esta ciudad ha gestionado con el Consejo de administración de la caja de ahorros de Valencia el modo de abrir una sucursal; y como este acreditado establecimiento se propone en primer término la moralización de las clases sociales, ha accedido gustoso á la pretensión de aquella sociedad facilitando un medio sencillo y seguro por el cual pueden todos los que lo deseen, depositar sus pequeños ahorros percibiendo un módico interés aumentable al capital.

Desde primero de Enero próximo quedará abierta en el Círculo Católico la caja de ahorros, limitándose por ahora las operaciones á los lunes no festivos de tres á seis de la tarde; las imposiciones devengarán un interés del cuatro por ciento y se aumentarán al capital el día 31 de diciembre de cada año formando uno nuevo que devengará el mismo interés. De este modo podrá el obrero honrado y laborioso formar un capital ahorrando lo que gasta en cosas superfluas, y casi insensiblemente, á la vuelta de algunos años, podrá contar con una cantidad relativamente grande si ha sido constante en aumentar semanalmente las imposiciones en su libreta. No será á muchos difícil imponer una peseta cada semana y aunque esta cantidad es exigüa, sin embargo, la acumulación sucesiva podrá llegar á constituir un capital que pueda sacarle de apuros en determinados momentos. Tiene además la ventaja de formar el hábito del ahorro y como éste es la antítesis del lujo, de aquí que sea un eficaz medio de moralización. La junta directiva del Círculo Católico al establecer la caja de ahorros en su casa social, no lo hace con objeto alguno de lucro, pues las cantidades impuestas serán ingresadas en la caja de Valencia, se propone solamente dar facilidad á todas las clases sociales y más especialmente á los menos acomodados para que puedan gozar de las ventajas morales y materiales que el ahorro produce. De esperar, es, que dado el crédito de que goza la caja de ahorros de Valencia y la respetabilidad de las personas que componen la junta directiva del Círculo Católico de nuestra ciudad serán muchos los imponentes.

De el *Diario de Castellón*:

«El eminente teólogo P. Vicent, de la Compañía de Jesús, que como buen castellonense viene con frecuencia á esta población donde tiene familia y

amigos entrañables, ha estado recientemente un par de días entre nosotros y mostrado á algunos amigos una carta de la condesa viuda de Pestagua en la que esta ilustre señora ratifica la donación de tierras de su propiedad en favor del proyectado camino-paseo del Lidón, hecha por su difunto esposo.

»Tenemos especial gusto en hacerlo constar así porque parécenos que por alguien se había puesto en duda la exactitud del donativo.»

El antiguo y probo empleado de telégrafos, nuestro paisano y amigo don Vicente Git Font, ha sido nombrado por la dirección general del ramo interventor del servicio telefónico en esta capital.

El Ilmo. y Rdmo. señor obispo de esta diócesis acaba de conferir órdenes á los siguientes hijos de esta provincia:

Don Carlos Llombart, de Traiguera. — don José García, de San Mateo. — don Juan Bautista Aragonés, de Vinaroz. — don Alfredo Sánchis, de Vall de Uxó. — don Juan Nostrot, de Villarreal. — don José Ballester, de Benicarló. — don Ramón Ballester, de San Mateo. — don Jesús Queralt, de Sierra Engarcerán. — don José Pons, de Benlloch. — don Juan Tomás, de Chodos. — don Francisco Tena, de Villafranca. — don José Ramón Martín de Castellón. — don Pascual Bono, de Villarreal. — don Lorenzo Cot, de Vinaroz y don Emilio Royo, de Todolella.

A los nuevos Ministros del Señor les desea EL OBRERO CATÓLICO que cosechen ópimos frutos en la viña de Dios.

Se ha creado en la Coruña una escuela gratuita de ciegos. Ha sido el fundador de esta piadosa obra un caritativo sacerdote, don José María Salgado, que ha dado una vez más testimonio del amor que la Iglesia tiene á los desgraciados.

Como institución de verdadera caridad, no se limita el número ni la edad de los admisibles: ser ciego es suficiente condición para el ingreso.

Un mes lleva la expresada escuela, y ya la prensa de la Coruña se hace lenguas de los resultados obtenidos.

El Rdo. Prelado de Santiago ha enviado 500 pesetas, como primer donativo para el sostenimiento de la piadosa obra.

Durante la permanencia del señor Obispo de Coria en la ciudad de Cáceres, estableció la Congregación sacerdotal del Beato Juan de Avila, al tenor de la inaugurada en Coria á raíz de los ejercicios espirituales del clero. De estas obras del celoso Prelado son de esperar copiosos frutos para los ministros del Señor, y no menos abundantes para la grey cristiana.

Durante las vacaciones de Navidad se han suspendido en el Círculo-Patronato que en la corte tienen los jóvenes congregantes de San Luis Gonzaga, las discusiones académicas.

Hasta ahora, en lo que va de curso, se han discutido, con gran brillantez, dos Memorias; una presentada por el señor Martín y Alvarez, acerca del Cardenal Jiménez de Cisneros, y otra del señor Martínez Nacarino (D. J.), en que se estudiaba al poeta Zorrilla.

En la última sesión celebrada, después de finalizada la discusión del trabajo del señor Nacarino, pronunció un profundo y elocuente discurso el distinguido diplomático señor Bethancourt, representante de Colombia en España, quien honró á los jóvenes congregantes de San Luis con excitaciones y consejos, que ellos acogieron con respeto y entusiasmo, según lo atestiguaron, en nombre de sus compañeros de Congregación los señores Rojas, Senante, Argamasilla, Van-Baunberghem, Huertas, Martín y Alvarez y Goicoechea.

En fiestas de Navidad tuvieron los congregantes de San Luis representaciones dramáticas, originales de los jóvenes luises, que se celebraron en su Círculo-Patronato, que con este motivo se vió tan animado como acostumbra en casos tales.

Acerca del establecimiento de escuelas de adultos tan recomendado por el Rdo. Prelado de Salamanca, dice un periódico de aquella capital:

«Mucho bueno ha realizado en la diócesis el Rdo. P. Cámara; pero nada será tan fecundo en resultados prácticos y provechosos como la grandiosa y meritoria tarea de organizar centros de instrucción, donde la juventud pueda adquirir durante la noche los conocimientos que no tiene facilidad de aprender en las horas del día, consagradas generalmente por nuestros labradores al rudo trabajo, con el fin de obtener los recursos que son necesarios para atender á las más apremiantes necesidades de la vida.»